

Queridos mogarreños y forasteros, paisanos y visitantes, gentes aquí arraigadas y gentes que vais de paso, amigas y amigos todos:

Es para mí un honor y un orgullo, a la vez que una satisfacción, poder hablar a la gente de mi pueblo desde este balcón, tribuna para mí importante como ninguna otra, puesto que es la de la asociación que lleva el nombre de la Patrona, es decir, la nuestra. Por eso debo, antes que nada, mostrar mi agradecimiento a la Junta Directiva de la Peña, con mi amigo Ramón a la cabeza, por haberme hecho esta invitación.

Y me han invitado nada menos que a “echar el pregón” de las fiestas. He de confesar que en un principio tuve algunas reticencias, puesto que, durante los treinta años de existencia de esta asociación, son muchos los oradores que han pasado por aquí, y muchas e interesantes las cosas que se han dicho y, sinceramente, no sabía de qué podría hablar. “Menuda comenencia -pensé-. No sé qué voy a poder decir que no se haya dicho ya”. Y ahí anduve, enrinche entre si me vaga o no me vaga escribirlo, pero terminé por aceptar, porque, al fin y al cabo, un pregón es ‘un discurso en el que se anuncia al público la celebración de una festividad y se le incita a participar en ella’. Y me decidí a hacerlo hablando de aquello con lo que estoy más familiarizado, de aquello a cuyo estudio y enseñanza he dedicado mi vida profesional: el lenguaje; en este caso, naturalmente, el habla de Mogarraz y, por extensión, de la Sierra de Francia.

Y hay que preguntarse, para empezar: ¿Tenemos los mogarreños un habla propia? Y si la tenemos, ¿cómo es? o ¿cómo era? Porque, ¿existe aún o ha desaparecido?

Por supuesto que la tenemos, aunque el paso del tiempo haya engullido buena parte de ella, en aras de la modernidad. Y, desde aquí, voy a intentar pregonar, brevemente, su elogio y su defensa.

Como sabéis, el habla retrata al hombre y es, al tiempo, su vehículo de expresión del mundo. Por eso, conocer nuestra lengua es conocernos a nosotros mismos. No olvidemos que hablar y fabular tienen la misma etimología, y que la lengua en que hablamos es la misma en la que fabulamos, es decir, en la que soñamos, inventamos, transformamos e idealizamos la realidad. La realidad es con frecuencia fea, desagradable, y por eso necesitamos crear otra mejor, incorporando elementos maravillosos, sobrenaturales. ¿Y qué mejor espacio que estos bosques, estas montañas, para crear historias, hermosas y terribles a un tiempo, de moras encantadas, brujas y ánimas del Purgatorio? Todo eso formaba parte del mundo pasado de Mogarraz, porque la existencia de una cosa no está sólo en su materialidad: si creemos firmemente en algo, ese algo es real para nosotros, vive en nosotros y con nosotros. Aquellas brujas, aquellas ánimas eran reales porque transcendían la imaginación de la gente para convertirse en vivencias que se expresaban a través de su lenguaje, de sus palabras. Mi experiencia -quizá compartida por algunos de vosotros- al salir de aquí, siendo todavía niño, y enfrentarme a personas que hablaban de otra manera, no fue agradable al principio. Experimentaba un sentimiento de vergüenza que a veces me impulsaba a mantener la boca cerrada porque creía que mi forma de hablar iba a ser motivo de burla. Y a menudo lo era, porque uno de los males que aquejan al espíritu

humano es considerar inferior lo que es distinto, lo que está en minoría.

Pero el habla de Mogarraz, y de toda la Sierra, no es peor ni mejor que otras; es una modalidad más dentro de la multitud de variantes geográficas que ofrece el castellano, trufada con algunos restos del antiguo dialecto leonés y con algún que otro vulgarismo. Es más, tened en cuenta que eso del "mejor castellano se habla en tal sitio", que se dice en ocasiones, es una falacia, no es algo cierto. El mejor castellano no se habla en Valladolid, ni en Madrid, ni tampoco en Colombia -también los colombianos presumen de ello-: todas las variantes son igualmente válidas mientras contengan autenticidad lingüística. Lo que realmente deforma un idioma es la afectación, la cursilería de muchas personas supuestamente cultas. Esas que necesitan echar mano de extranjerismos para aparentar modernidad o posmodernidad; esos papanatas que en vez de correr hacen footing, que dicen affaire en vez de asunto y hacen business en vez de negocios. Los que aperturan una cuenta, en vez de abrirla; los que en vez de comentar, comentarían; los que habitualizan, en lugar de acostumbrar; los que handicapan en vez de obstaculizar; los que entrevistan en vez de entrevistar. Los usuarios, en fin de tantos y tantos absurdos palabros de moda. Cuando aquí se dice petalla, picamacho, sacho o marra, es porque la gente se siente más a gusto trabajando con esas herramientas que con un hacha, un pico, un azadón o una maza, que, aunque signifiquen lo mismo, son menos útiles, porque sus nombres son menos nuestros.

El habla de los mogarreños es habla serrana, áspera y dura en algunos aspectos, como corresponde a una tierra que fue fronteriza, que marcaba el límite del antiguo reino de León con los musulmanes del Sur, los castellanos del Este y el naciente reino de Portugal por el Oeste. La región que ha heredado el nombre de Extremadura está aquí al lado, y extremadura significa 'extremo', 'límite', 'frontera'. No caben los melindres idiomáticos entre las gentes que necesitan hacer de la lucha y el esfuerzo el soporte de su existencia. Por eso aspiramos las eses y otras consonantes finales, y nuestros abuelos, que aspiraban la h- y la f- iniciales, como los viejos castellanos, decían H.elipe, h.umo, h.uenta, h.ondón o h.uera.

Pero también es afectiva, contiene los instrumentos necesarios para mostrar calor, amistad y cariño. ¿No habéis reparado en que aquí el plural del pronombre de segunda persona siempre fue vosotros, tanto para hablar con los iguales como para dirigirse a los mayores o a los considerados superiores? El ustedes, tan usado en lugares como Hispanoamérica, Canarias o Andalucía, estaba aquí desterrado. ¿No es todo un síntoma de igualamiento a través del lenguaje?

Os habréis fijado también en que la forma del diminutivo que aquí se emplea es la que termina en -ino. Si el diminutivo ya es afectivo por naturaleza, esta forma nuestra lo es mucho más. ¡Qué cercano y cariñoso suena eso de chiquinino, muchachino, mijingrino, poquino...! ¿Qué me decís del "¡Mae, mujel, mia qué bonino!", tan peculiar de esta tierra? ¡Cómo se dulcifican también los nombres propios si se lo aplicamos! Siempre ha habido por aquí más de una Paquina, alguna Teresina, algún que otro Joseíno y bastantes Ambrosinos.

Afectivo, envolvente, acogedor me parece a mí ese uso, tan del pasado, del artículo delante del posesivo. Por estos lares todavía hay quien tiene coraje para decir sin avergonzarse la mi casa y el mi güerto; la mi camisa y los mis pantalones. No es un vulgarismo, no es una cosa de paletos. Es una construcción propia del antiguo castellano que se conserva también en algunas zonas del dialecto leonés (la primera gran obra de la literatura castellana se titula, precisamente, Cantar del Mio Cid). ¿No suena mucho más cercano, más cálido el mi hombre y la mi mujer que mi

hombre y mi mujer? ¿El mi amigo y los nuestros hijos que mi amigo y nuestros hijos? No en vano, en la poesía amorosa de la Edad Media, cuando el poeta se refería a su amada, la llamaba "la mi amiga".

Nuestra habla conserva otros arcaísmos, palabras antiguas que en otro tiempo fueron de uso general y que se han ido perdiendo, salvo en lugares como estos valles nuestros, donde hasta no hace mucho encontraron refugio para su pervivencia. Yo aún llegué a tiempo de oír en boca de algunas personas mayores la forma verbal trujo, y la frase adverbial más aína: hay un conocido refrán que reza No por mucho madrugar amanece más temprano, pero cuya forma originaria es No por mucho madrugar amanece más aína. Así lo decían Don Quijote y Sancho, que este año cumplen ya los cuatrocientos.

Por ahí revoloteaban adverbios como andenantes y aniantes, antier y trasantier, y muchas cosas dizque daban lo mismo, que es lo mismo, pero no es igual. ¿Y qué me decís de esa maravilla de conglomerados lingüísticos que son veloquilo, velohílo y velollilo, compendio de una sabiduría lingüística capaz de construir los demostrativos más originales que yo haya conocido?

Pero éstas eran palabras de antaño que, por desgracia, se van perdiendo hogaño. ¿Por qué tendrá el ser humano la necesidad de destruir lo que existe, aunque sea hermoso, para sustituirlo por algo nuevo que muchas veces lo empeora?

Hay quien se fija solamente en lo más llamativo de nuestra expresión, en el vulgarismo, en el error fonético o gramatical. Y es verdad que los hay. Pero esto se debe a que, aquí y en todas partes, la gente pronuncia como puede lo que le resulta desconocido, y esa pronunciación permanece en el tiempo. Si yo, cuando oigo decir inyección, entiendo indición, pues digo indición, y nadie me va a procesar por ello. En nuestros juegos infantiles a veces quedábamos a patas, porque así era como nos sonaba aquello de em pate.

Y, además, ¡pus luego!, los mogarreños tenemos fama de fanfarrones, y cuando no nos gusta una palabra, la cambiamos. Sin lugar a dudas preferimos mazaroca a mazorca, altifacio a artificio, treguna a tribuna, esfaratar a desbaratar, terbolino a torbellino ... ¿O es que no da la impresión de que en un barriñón cabe más de todo que en un barreño? ¿O es que no duele más un rescuñón que un rasguño? ¿O es que no saben mejor una mondreguilla y un briñuelo que una albondiguilla y un buñuelo?

Bien es verdad que solemos hacernos un lío con las eles y las erres, y decimos puebro y muebre, o comel y dolmil, pero ¡velay, qué se le va hacer! Nadie es perfecto.

Y todo esto lo decimos bien recio, porque, además de fanfarrones, somos una miaja bullarones.

Hay palabras que nos parecen cortas y las alargamos, y así, convertimos las tenazas en estenazas, hilvanar en enhilvanar, separar en desapparar, vomitar en agomitarse ... Otras, en cambio, que se nos antojan demasiado largas, las acortamos, y el acordeón se transforma en coldión, el humilladero en millaero, la abuela en güela, y el laurel en aurel.

Aquí el que se cae no se estampa contra el suelo, sino que se estempana, como si se diera contra un témpano. Al que es muy bruto se le llama brutarate; lo de botarate se parece menos. Hay un pájaro cantor al que se denomina gurrupéndano; oropéndola suena demasiado cursi y literario. Y el orujo se convierte en brujo: no podía ser menos en una tierra donde abundaba tanto el ganado brujeril.

Algunas, que ya no se oyen o se oyen muy poco, eran

realmente hermosas. “Por ahí anda un amolachín”, se decía cuando llegaba un afilador, porque amolar es lo mismo que afilar, que aquí, por cierto, siempre fue aguzar. Y había que aguzar los corvillos y las corvillas, las rozaeras y los hocinos, para que cortaran bien y no se pusieran jerrumbrientos, que es lo mismo que oxidados, pero más sonoro. Y todo el mundo sabía que lo cimajero era lo que estaba en la cimajá, y lo jondonero, lo de la jondoná. ¡Otra! ¿Qué iba a ser, si no?

Pero vámonos de fiesta, que en ello andamos. En otros tiempos, los muchachos no acalugábamos, no teníamos sosiego cuando la sentíamos cercana. Y, llegado el día de Las Nieves, nos extasiábamos ante los tenderetes de los dulceros, en los que nos gastábamos las pocas perras que entonces teníamos. Incluso –por una vez en todo el año– había ocasión de probar algún helado, de aquellos picuruchos que hacía el tío Remisio, los cuales nos parecían los mejores del mundo, sin duda porque eran los únicos.

Algún que otro año había toro y, después del estruendo de los cuetes, se daba el espejo plaza: varios caballos engalanados, igual que sus jinetes, galopaban dando vueltas a la misma. Suena bien eso del “espejo plaza”, parece una bonita metáfora: la plaza, redonda y brillante bajo el sol, como si fuera un espejo. Poco importa que lo que realmente habría que decir es el despeje o despeje de la plaza, cuya finalidad es ir retirando a la gente antes de que salga el toro.

Hoy, igual que entonces, hay ofertorio, con los bailes típicos de nuestro folclore. Las ramajeras y el gracioso siguen echando el ramo, haciendo el paleo y torciendo el cordón sin equivocarse. Al gracioso de las comedias del teatro clásico español aquí lo hemos convertido en bailarín. Y ya que hablamos de comedias, antaño también se echaban en las fiestas mogarreñas; ahora, desgraciadamente, ya no, aunque, tras los bailes, todavía se recita alguna poesía en honor de la Virgen, es decir, se echa la relación.

En las fiestas se come y se bebe, que para eso están, entre otras cosas. La gente suele darse una buena temprá, sobre todo la que tiene buen caíllo. Y para ello se encieta un jamón, o un tripo, o lo que haga falta. Ahora se han puesto de moda las patatas meneás, aquellas que antes eran, en muchos casos, la única y humilde comida diaria, aunque, si se tenía una cabra, se podían echar sopas para hacer leche migá como cena. Las patatas de las celebraciones solían ser antaño las chitonúas, las del guisao con carne. Hoy, afortunadamente, casi todo el mundo puede asar, si le apetece, un chivo, con tarmas o con mañizos, y comer hasta temprarse. Pero seguimos conservando las buenas costumbres y en cualquier bodega se invita al que pasa a echar una pinta y a comer un cacho y, si viene a cuento, se echa el limón. La buena fanfarria de los mogarreños también se nota en eso.

Imagino que a la mayoría de los jóvenes que me escuchan casi todo esto les sonará a música celestial, a cosa de viejos que nada tiene que ver con lo que ellos hablan, aprendido en otros ambientes y en los medios de comunicación. Pero no deben olvidar que estas palabras de sus abuelos, además de formar parte ineludible de su pasado, eran bien guapas, a la par que distintas y originales, no adocenadas y vulgares como muchas de las que ahora se usan en cualquier parte.

Sé también que las pocas palabras terruñeras que aún nos quedan terminarán siendo olvidadas, pero la vida seguirá siendo la misma en lo esencial, porque, aunque cambien los tiempos y el lenguaje, no lo hará tanto la naturaleza humana, y en Mogarraz, como en todas partes, continuará habiendo trabajadores y jolgadones o méndigos, desenvueltos y engaraños, discretos y mezucones que se pasen el día goliendo donde no los llaman para ir luego con los descuentos, y siempre quedará algún molejas

pinchando y haciendo burlas a los demás, y algún zarria o zarzalero de quien no habrá que fiarse, y alguna reata de cháchara interminable. Pero, sobre todo, la gente abierta y acogedora de siempre, a la que invito desde aquí a no perder sus costumbres ni su forma de ser, y a conservar, en lo posible, sus tradiciones y, claro está, su lenguaje, ese tesoro que son sus palabras.

Y ya, para terminar, me vais a permitir que diga, que “eche” unos versos dedicados a nuestro pueblo y a su habla, lo que equivale a decir a sus hablantes, que somos nosotros.

A veces toca cantar,
a veces toca sufrir,
a veces toca reír
y a veces toca soñar.
Pero siempre en el hablar
afuera nos asomamos,
y por eso, cuando hablamos,
aflora lo que sentimos,
y en todo cuanto decimos
nuestro ser diseminamos.

Es la nuestra un habla vieja
que en el tiempo se ha forjado,
y en nosotros ha quedado
sabor de palabra añeja.
En el gozo y en la queja,
en el sentir más profundo,
siempre un acento rotundo
a todo sabemos dar,
que así solemos hablar
en nuestro pequeño mundo

Es un habla diferente
que ha nacido de la tierra;
es el habla en que se encierra
la historia de nuestra gente;
es habla que, como fuente
que no cesa de fluir,
en su cantar el vivir,
el presente y el pasado
de este pueblo ha pregonado
y dirá lo por venir.

Con su serrana aspereza
de consonante aspirada,
con su palabra cortada
y su arriscada braveza,
vengo a deciros que empieza,
paisanos, en esta hora,
la fiesta de la Señora
que por patrona tenemos.
¡Mogarreños! ¡Comencemos
a disfrutar sin demora!

Muchas gracias y ¡FELICES FIESTAS!

